



Maria Aurelia Campmany, Lain Entralgo, Francesc de Borja Moll y Buero Vallejo, en el Congreso de Cultura Catalana, en Madrid.

Un congreso para un pueblo

CUANDO me pidieron que colaborara en la presentación del Congreso de Cultura Catalana en Madrid, me pregunté hasta qué punto llegaría a congregarse cierta cantidad de oyentes las vicisitudes de una Lengua, de una Cultura, que se mantiene fiel a sí misma contra todos los pronósticos de destrucción. Me pareció algo completamente irreal, pero dado que de irrealidades vivo desde 1939, no me costó mucho aceptar la invitación que la comisión madrileña cursaba a través del Secretariado del Congreso. No era ciertamente la primera vez que viajaría a Madrid con la embajada del acervo cultural catalán.

La primera vez fue allá por el 1936, pocos meses antes del prólogo de la tragedia. Llegábamos a Madrid los alumnos del Institut-Escola de la Generalitat de Catalunya. Los alumnos catalanes, absolutamente catalanes, lúcidamente catalanes, que habían hecho suyas y adaptado a su propia tradición pedagógica las enseñanzas de don Francisco Giner de los Ríos, la revolución cultural de la Institución Libre de Enseñanza.

La segunda vez que había subido a la meseta castellana para hacer oír la voz catalana había sido con el mensaje de las palabras de Salvador Espriu en *Ronda de mor a Sinera*, en la primavera de 1966.

La tercera vez íbamos a explicar por qué, cómo y en qué medida nos proponemos los catalanes, todos aquellos que hablamos desde hace siglos la Lengua Catalana, los habitantes del Principado de Catalunya, del Reyno de Valencia, del Reyno de Mallorca, de Alger, del Rosselló, del Conflent y el Vallespir, o si queréis más simplemente: los Países Catalanes, nos paramos para hacer recuento en este año de gracia de 1976 de todo lo que hemos perdido irremisiblemente, de todo lo que hemos conservado con tenacidad, de todo lo que podemos todavía lograr de nuestra Literatu-

ra, de nuestra Ciencia, de nuestras Leyes, de nuestro suelo, de nuestra capacidad de pensar y sentir.

Un grupo de hombres y mujeres de buena voluntad nos acercábamos, pues, a un público castellano para hacer posible los puentes del diálogo. Todo lo que se dijo al público atento y cordial la noche del 1 de diciembre podría resumirse en los versos de "La Pell de Brau" de Salvador Espriu:

Haz que sean seguros los puentes del diálogo e intenta comprender y amar las diversas razones y hablas de tus hijos.

Por la comisión organizadora: Puigjaner y Carmina Virgili; por el País Valencià: Vicent Ventura; por Los Illes Balears: Francesc de Borja Moll; por el Principat de Catalunya: yo misma, y como representantes del Secretariado del Congreso, Josep Maria Castellet y Josep Pi-Suñer, acompañados de los representantes de la Cultura Castellana: Antonio Buero Vallejo, Pedro Lain Entralgo y Pedro Altres, no hicimos otra cosa que tratar de establecer los puentes del diálogo.

Cada uno de nosotros intentó, en primer lugar, aclarar el punto de partida de esta petición de diálogo, que ya es en sí la evidencia de un problema, ya que si se hace la petición de un diálogo significa que el diálogo aún no existe y en consecuencia que, sólo por un milagro, la voz de la petición llegará a los oídos de las personas a quienes va dirigida tal petición. Es como si dijéramos a un sordo: por favor, trata de oírme, ya que es evidente que si me oyera no tendríamos que pedirle la disposición del oyente.

Puigjaner hizo una magnífica introducción. Fue en realidad la perfrasis de los versos de Espriu, que la comisión madrileña ha tomado como expresión de su convocatoria: "Diversas son las hablas y di-

versos los hombres, y convendrán muchos nombres a un solo amor".

Cada uno de los que iban hablando razonó, explicó la realidad de la diversidad de las lenguas, la diversidad de las palabras que explican un solo amor: **claror, llum, cor, llibertat, pau**. Oyéndoles, oyendo sus claras razones —Josep Maria Castellet expuso con claridad el proceso, las circunstancias, la estructura, las ambiciones de este extraño Congreso de todo un pueblo; Lain Entralgo recordó sus amados poetas catalanes; Buero, citando a Espriu una vez más en la noche, recordó: "A veces es necesario y forzoso que un hombre muera por un pueblo/pero jamás ha de morir todo un pueblo/por un hombre solo—, pensé en algo muy simple y muy definitorio de nuestra presencia, allá en la noche madrileña, ante unos mil espectadores atentos y amables, algo tan simple e imposible de explicar como es una tragedia.

Y una tragedia es también camino de conocimiento, pensé, y pedí a todos los que nos escuchaban que recordaran nuestra tragedia, vivida día a día durante treinta y siete años.

En enero de 1939 se dictó contra la lengua y la cultura catalana la condena a muerte. Una condena a muerte que no reparó en matices ni en políticas varias. El catalán como tal, en su cultura, en su tradición civilizada, en sus leyes y costumbres e instituciones, fue condenado a muerte. Su inteligencia, condenada a la diáspora; los que se atrevieron a quedarse, condenados al silencio. Ni siquiera los vencedores —porque la guerra civil fue también catalana y hubo, claro está, catalanes que **entraron en Cataluña**—, ni siquiera los vencedores, digo, pudieron reclamar su catalanidad. Se les exigió todo lo contrario: que pidieran perdón y que se comprometieran a olvidar la **falsa ruta** de su entidad como pueblo.

El silencio absoluto se cernió so-

bre las tierras catalanas, lo cual dio como resultado que no existe literatura franquista en lengua catalana, ni siquiera subliteratura franquista, ni siquiera un pareado exaltando al vencedor. Los catalanes que se unieron a la victoria del general Franco tuvieron que abandonar su catalanidad. Todo el mundo puede leer en "La Vanguardia", 15 de febrero de 1939, un artículo de Ferrán Valls i Taverner en el que invitaba a los catalanes a pedir perdón, entre los cuales él mismo se incluye, por la falsa ruta que siguieron y que llevó a los buenos españoles a la guerra civil.

La tragedia empezaba; una grave, terrible tragedia, porque resistir a la acción colonizadora de una cultura estatal prepotente es una terrible tragedia para un pueblo colonizado. Recordé que los padres del gran Ho Chi Min eran maestros de escuela en Indochina, colonia francesa. Pues bien: los maestros de escuela padres de Ho Chi Min no aprendieron francés para no tener jamás la tentación de hablarlo.

He aquí, dije, que este no es mi caso. Yo sé hablar castellano, y como yo, la mayoría de los catalanes. Y como la mayoría de los catalanes, he tenido la tentación de hablarlo. Porque la actitud de resistencia de los padres de Ho Chi Min es una bella actitud ejemplar que puede tomarse, si queréis, como modelo límite, pero hay que convenir que los catalanes somos gente de frontera, somos gente de pacto, y esto nos lleva a entablar el diálogo y hasta, antes del diálogo, la petición de diálogo. Nuestra sorpresa a lo largo de los siglos de nuestra Historia colectiva es más bien el reiterado asombro de darnos cuenta de que nuestros vecinos no quieren dialogar.

Allí, en los años treinta, mientras se gastaban libertades para España, un grupo de intelectuales castellanos se acercó a Cataluña para entablar un diálogo. En este año de esperanza de 1976, catalanes de Valencia, de las islas, del Principado, catalanes de una cultura superviviente de una deliberada condena a muerte, han subido a la meseta castellana para explicar su propósito indestructible de existir como una entidad profundamente unida por siglos de cultura, por caminos de Historia, por esencial necesidad de existencia.

En estos días, que se ha recordado tantas veces a Antonio Machado, mi querido, amado poeta, que sufrió la diáspora hombre con hombre con los escritores catalanes, y se le ha recordado por aquello de "españolito que vienes al mundo...", yo quisiera poder decir a su vivo fantasma: Ya no, querido maestro, ya no se envuelve Castilla en sus harapos para despreciar cuanto ignora. Ya escucha la voz del viento entre los olivos, ya escucha las diversas hablas, ya hace posibles los puentes del diálogo.

■ MARIA AURELIA CAMPANY.